El justo derecho de los presbiterios, o Una defensa pacífica del gobierno de la Iglesia de Escocia

Samuel Rutherford

Índice

Epístola dedicatoria y al lector **2**

Traducción de trabajo al español de *The Due Right of Presbyteries, or, A Peaceable Plea for the Government of the Church of Scotland*, de Samuel Rutherford, según la edición de Londres, 1644 (impresión original).

Traducción de trabajo al español, hecha con ayuda de IA y revisada; no es una edición publicada. Dominio público.

Original escaneado: https://archive.org/details/duerightofpresbyooruth. Los números entre corchetes, [p. 14], remiten a las páginas de la edición de 1846.

Epístola dedicatoria y al lector

Al muy noble y poderoso lord Archibald, marqués de Argyle, miembro del honorable Consejo Privado de Su Majestad, le desea gracia, misericordia y paz

¡Cuán glorioso es (muy noble y poderoso señor), y cuán digno de alabanza, que los poderosos, los que son llamados[1] los escudos de la tierra y los cedros del Líbano, proyecten su sombra sobre la ciudad de Dios! Los ingenios vanos y los espíritus quebrantados escogieron la fama, pero la fama y la gloria [ilegible] a aquel que es, como dice el Espíritu de Dios, hijo de varón esforzado y que ha hecho muchas hazañas;[2] pues los seguidores de Cristo son hijos de nobles. Toda sangre es de un solo color; la santidad es la que hace la diferencia.[3] La fortuna es de vidrio; cuando más resplandece, se quiebra. Las cosas en que aquí descansamos están hechas de cristal: mientras brillan, se rompen. El mundo puede cubrir a los hombres, pero no puede hacerlos seguros. Mas el Señor es sol y escudo. ¿Qué es Jesucristo en la tierra, a quien ama como ama a su Iglesia? ¿Qué obra creada es la verdadera Iglesia? Una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas.[4]

Sus mismos siervos son gloria de Cristo.[5] Sin embargo, esta pobre mujer [ilegible] clama, está de parto, con dolores hasta que dé a luz, a causa de la idolatría de la tierra y de nuestra defección y apostasía, practicadas, apoyadas y toleradas en ambos reinos. Muchas tumbas, muchas viudas y la tierra convertida en campo de sangre son los justos frutos de muchos altares de ídolos de misa, de la adoración del pan, de muchas invenciones de los hombres. Que tengan nombre y florezcan en la casa del Señor, y que sean inscritos

[1] Nota marginal del original: Sal 47:9.

[2] Nota marginal del original: 2 S 23:20.

[3] Nota marginal del original (en latín): *Fortuna vitrea est, tum cum splendet, frangitur*, atribuida a Francisco Petrarca; sigue otra frase latina de lectura incierta en el OCR (*Plures tegit fortuna ... facit*).

[4] Nota marginal del original: Ap 12:1.

[5] Nota marginal del original: 2 Co 8:23.

con los vivientes en Jerusalén, los que contribuyen con su ayuda para el deseado nacimiento del hijo varón. El prelacismo y el papismo se marchitan, como en tierra de sequía, a menos que sean plantados junto a ríos de sangre; pero el Señor edificará su Jerusalén.

Vuestra señoría puede reclamar con justicia esta pequeña expresión de mi respeto obligado hacia vuestra señoría. Reconozco que es pequeña, aunque pueda tener algún uso. *Etiam capillus unus habet umbram suam* [aun un solo cabello proyecta su sombra]; un cabello proyecta su propia sombra. La incapacidad de pagar una deuda no pone sobre nadie la nota de ingratitud, a menos que sea incapacidad de buena voluntad; si no se es deudor de voluntad, nada soy. Esto lo debo, y esta Iglesia y esta nación pueden repartir la suma conmigo; por lo cual deseo a vuestra señoría toda riqueza de gracia, y quedo obligado.

Siervo de vuestra señoría en toda obediente deferencia en Cristo Jesús,
Samuel Rutherford.

Al lector

Hay dos cosas felices (digno lector), como dice uno:[6] la una es no errar; la otra es escapar del poder del error. El vientre del tiempo da a luz muchas verdades, aunque la verdad no sea deudora del tiempo, porque el tiempo pone vestiduras nuevas a la verdad antigua; pero la verdad no es deudora de nadie y debe su ser solo a él. Es un gran mal debajo del sol, y la riqueza de la vanidad del hombre, que el nombre de hombres santos sirva de tela para hacer vestidos a opiniones nuevas, siendo que los errores de los hombres santos no reciben de los hombres ni blancura ni santidad. Y es un agravio que el elogio de los hombres sea perjuicio de la verdad, y la ganancia de los hombres, pérdida de la verdad. Con todo, deseo de corazón que los hombres observen en esto el arte de la profunda providencia, pues el Creador manda a las tinieblas que den a luz su parto de luz, y Dios, con un sabio supradominio, contiene los errores de los hombres, de modo que, contra el curso de la naturaleza, de la colisión de las opiniones

resulta la verdad, y de las disputas, como del pedernal golpeado, brota fuego para dar luz, levantando Dios del polvo y las cenizas de los errores una verdad nueva y viva. Cualesquiera equivocaciones, errores o herejías que ha-

[6]Nota marginal del original: el OCR es ilegible; parece una cita latina atribuida a un autor no identificado.

ya habido acerca del gobierno de la Iglesia, la vigilante y nunca adormecida sabiduría de la Providencia ha hecho aparecer de ellas la sana doctrina del reino de Dios. Así, aquí Satanás corta la tela, y Dios la cose y hace el vestido. El error no es sino heces, de las cuales, por el artificio de la Providencia que todo lo dispone, se destilan aguas fuertes y cordiales. Y lo que el anticristo ha concebido en favor de una jerarquía y de las ceremonias humanas ha puesto a Cristo, en sus dos testigos en Bretaña, a abogar por la verdad y la simplicidad nativa de su propio reino.

Pero deseo de corazón no aparecer como adversario de los hermanos santos, reverendos y doctos que sufren por la verdad, pues hay amplias fronteras entre contender y disputar. ¿Por qué habríamos de contender? Pues somos hermanos, hijos de un solo padre, ciudadanos de nacimiento de una sola madre, Jerusalén. Disputar no es contender. Contendemos en cuanto somos carnales; disputamos en cuanto somos hombres; nosotros, desde nuestra [ilegible]

disputamos desde la diversidad de la luz de las estrellas y la luz del día.[7] La debilidad no es maldad; un desvarío o un ingenio errante no debe tenerse por rebelión de la voluntad. Una máquina quebrada puede desprenderse de un hijo muerto y, con todo, ser madre de muchos hijos sanos. Y mientras nuestros reverendos y queridos hermanos, huyendo de la costa de Egipto y de las malvadas fronteras de Babilonia, procuran arribar a la verdad, el viento puede engañar a buenos marineros. Los movimientos naturales en tierra (como cuando los cuerpos pesados se mueven hacia abajo, hacia su propio país de barro) siguen una línea recta. Pero los movimientos del mar, al navegar, no son por líneas rectas, sino más bien por círculos marinos. A menudo argumentamos y disputamos como navegamos. Donde la gracia y el peso de la Escritura producen el movimiento, caminamos en línea recta hacia [la verdad]. Pero donde la opinión, mensajera enviada solo para espiar la tierra de las mentiras y de la verdad, usurpa el oficio de conducirnos, ¿qué maravilla que demos vueltas en torno a la verdad en vez de alojarnos con la Verdad? Y el reino de Cristo, su cetro, su gloria, [el Bautismo] serán el objeto material de las opiniones de ambos lados; y, sin embargo, la palabra de Dios tiene una línea recta que no puede sufrir división. En las cosas de Dios no hay, como en la gramática, los grados positivo y comparativo

[7] Nota marginal del original: referencia ilegible (el OCR dice «Mimes 4. 5»).

y superlativo: aquí no hay verdad, y más verdadero, y verdaderísimo. La verdad está en una línea indivisible, que no tiene latitud y no admite partición. Y por tanto podemos valernos de la palabra del filósofo: *amicus Socrates, amicus Plato, sed magis amica veritas* [amigo Sócrates, amigo Platón, pero más amiga la verdad]. Aunque Pedro y Pablo sean nuestros amados amigos, la verdad es un amigo más querido. Los hijos de Babilonia dan voces acerca de divisiones y de diversidad de religiones entre nosotros, pero no toda opinión es una religión nueva. Mas ¿dónde se hallará multitud de cielos para la multitud de caminos nuevos al cielo, si un solo cielo no puede contener a dos dioses? ¿Cómo serán alojados todos después de la muerte? ¿Qué astronomía nos enseñará acerca de millones de cielos, para tomistas, escotistas, franciscanos, dominicos, sorbonistas, etc.?

Pero lo dejo, y pido al lector candor, ingenuidad y trato leal; de los formalistas, hombres en el camino a Babilonia, puedo desearlo, pero no puedo esperarlo. Adiós.

Tuyo en el Señor,